

VICENTE ALEIXANDRE, POETA DE LA CONSUMACION

RESULTA revelador observar en un poeta, cuya trayectoria conocemos como espejo de una vida —adolescencia, juventud, madurez— modulada por una larga serie de distintos anhelos y sentimientos, cómo, cuando el destino le lleva a permanecer en el mundo largos años, se impone en su trayectoria poética la consideración, la intuición y el sentimiento de la vejez, ya que el poeta nunca abdica de su palabra ni cesa en su actitud por imperativos de la edad. El paso del tiempo, y la fuerza del devenir vital lanzan al poeta en los años quizá últimos de su vida a su consideración, a su revisión espiritual, y desde allí su palabra, su voz, se trasmuta en una nueva serie de motivos, de nuevos impulsos que inician un nuevo universo imaginístico, un nuevo mundo poético. La permanencia de la poesía es la consecuencia obvia de esta actitud artística.

Es lo que ha ocurrido con algunos poetas del 27, con Guillén, con Aleixandre, con Alberti. Mientras Guillén nos ofrece en *Y otros poemas* un mundo poético presente, tremendamente vitalizador e inmerso en la sórdida realidad cotidiana, Aleixandre contempla lúcido y alucinado, revelador y hermético a un tiempo, el mundo desde la vejez como próximo a la consumación. Por eso los *Poemas de la consumación*, publicados en 1968, a los setenta años, y los *Diálogos del conocimiento*, publicados en 1974, a los setenta y seis años, reclaman el interés del lector de Aleixandre, y lo comprometen en una lectura encendida, un poco epistemológica y casi científica.



Vamos a tratar algunos aspectos brevemente del mundo poético de *Poemas de la consumación*, solamente, como obra y como producción de autor mayor, como visión de la vida desde el ángulo de la vejez. Guillermo Carnero, que quizás ha sido el que mejor ha clarificado el problema central de estos libros últimos de Aleixandre —*conocer* frente a *saber* como perspectivas vitales— ha podido escribir que “con *Poemas de la consumación* irrumpe en el mundo de Aleixandre un nuevo elemento: la vejez” (1), palabras a las que añadimos que, todavía dentro de una posición racional, justamente porque en la propia realidad existencial del poeta ha irrumpido la vejez, o dicho de otro modo, porque el mismo poeta —alma y cuerpo— ha entrado en la última edad. Poeta, realidad, vida, en Aleixandre, conducen, unidos, un mundo totalizador, que en su libro de los setenta años se torna en reflejo de la vejez. (p. 78) (2).

*O tarde o pronto o nunca.
Pero ahí tras el cristal el rostro insiste.
Junto a unas flores naturales la misma flor
se muestra
en forma de color, mejilla, rosa.
Tras el cristal la rosa es siempre rosa.
Pero no huele.
La juventud distante es ella misma.
Pero aquí no se oye.*

Sólo la luz traspasa el cristal virgen.

El poema es conocido y patético. Su título también. Es profundamente sugerente: “Rostro tras el cristal (Mirada del viejo)”. Separación de cristal cruel que deja ver la realidad, la juventud-vida aleixandrina, pero que no permite la plenitud de aprehensión sensorial. Pasa la luz, la imagen pero no el aroma. Para ello los adverbios temporales han establecido la cruel disyuntiva triple al principio de los versos, al comienzo de este poema de la edad. Ante composiciones como éstas se comprende la alusión del título del libro, como colección de poemas de la consumación,

(1) GUILLERMO CARNERO: “*Conocer y saber* en *Poemas de la consumación*”, en *Vicente Aleixandre*, edición de José Luis Cano, El escritor y la crítica, Taurus, Madrid, 1977, p. 276.

(2) Utilizamos la edición de *Poemas de la consumación* de Selecciones de poesía española, Plaza & Janés, Barcelona, 1968.



porque el poema desde la vejez ya ha ejecutado su vida, próxima —posiblemente— a la conclusión. En este libro la acción de consumir está en marcha, pero no el efecto. La consumación no se ha producido todavía.

“Cercano a la muerte” se titula un poema cuyos cuatro versos finales hablan del recuerdo y del pasado, de la brevedad y sentimiento de las cosas, del simbólico “telón de sedas amarillas”, clara alusión repetida en *Poemas de la consumación* (p. 86):

[...]

*La majestad de la memoria es aire
después, o antes. Los hechos son suspiro.
Ese telón de sedas amarillas
que un soplo empuja, y otra luz apaga.*

La vida del poeta es en estos finales próximos a la consumación, como esa seda amarilla cuyo telón es leve y se vence al menor suspiro. El poema “Ayer” nos ofrece de nuevo la sensible y plástica formulación de esta imagen (p. 87):

*Ese telón de sedas amarillas
que un sol aún dora y un suspiro ondea.
En un soplo el ayer vacila, y cruje.
En el espacio aún es, pero se piensa
o se ve. Dormido quien lo mira no responde,
pues ve un silencio, o es un amor dormido.*

El ritmo alexandrino nuevo crea un lenguaje lapidario y sentencioso, y el verso se distiende y recorta en un juego rítmico quebradizo y débil. El poema continúa con las palabras aisladas, casi sin complementos, en su pureza, en su desnudez :

*Dormir, vivir, morir. Lenta la seda cruje dimi-
nuta,
finísima, soñada: real. Quien es es signo,
una imagen de quien pensó, y ahí queda.
Trama donde el vivir se urdió despacio, y
hebra a hebra
quedó para el aliento en que aún se agita.
Ignorar es vivir. Saber, morirlo.*



La muerte, presente en renovada y nueva representación poética, parte en este poema del símbolo plástico del telón de color brillante —pero de seda— y de la evocación shakespeariana de la vieja gradación —aquí desordenada intencionadamente—, para alcanzar el más genuino y personal tema-problema aleixandrino en estos tiempos: *conocer, saber, ignorar*, enfocados desde el *vivir*.

Antes hemos citado a Guillermo Carnero y recurrimos ahora de nuevo a él para recordar que la concepción poética de Aleixandre de estos términos está enfocada desde una doble perspectiva imperfectiva-perfectiva relacionada con la luz. Trazamos una serie de esquemáticos paralelismos para, únicamente, facilitar el ingreso intelectual en el poema que comentamos:

conocer—mirar—imperfectivo
saber—ver—perfectivo
conocer—actividad
saber—pasividad
conocer—juventud—vida—mirar—experiencia de los sentidos
saber—vejez—muerte—ver—conclusiones del pensamiento.

Reléase el último verso del poema antes recogido. Sus dos juicios, sentencias, son claros. El pronombre enclítico del último verso más problemático lo explica Carnero convincentemente:

Ignorar es vivir. Saber, morirlo.

A las acertadas opiniones de Guillermo Carnero (3) podríamos añadir por nuestra parte que son posibles tan sutiles distinciones en Aleixandre porque la contextura de *Poemas de la consumación* funciona como libro de vejez, como libro de experiencia y —por qué no— como libro de *saber*, no de *conocer*, porque recuérdese que estos son los poemas de la consumación.

La preocupación aleixandrina por la edad, sal y cómputo numérico de la vida, le conduce a una muy peculiar manera de recuerdo, de memoria. Los verbos del *Hamlet* son ahora el motivo introductor del poema titulado de manera tan clásica "El poeta se acuerda de su vida", que encabezan las

(3) GUILLERMO CARNERO: *Op. cit., passim*, que contiene su clara interpretación de este problema "clave" en el entendimiento de las últimas obras de Aleixandre.



palabras del irresoluto príncipe danés: "Vivir, dormir, morir: sonar acaso" (p. 82):

*Perdonadme: he dormido.
Y dormir no es vivir. Paz a los hombres.
Vivir no es suspirar o presentir palabras que
aún nos vivan.
¿Vivir en ellas? Las palabras mueren.
Bellas son al sonar, mas nunca duran.
Así esta noche clara. Ayer cuando la aurora,
o cuando el día cumplido estira el rayo
final, y da en tu rostro acaso.
Con un pincel de luz cierra tus ojos.
Duerme.
La noche es larga, pero ya ha pasado.*

El recuerdo de la vida del poeta se reduce o se extiende, mejor aún, en este poema a la percepción de la fluidez de los días, a la sucesión ininterrumpida de los tiempos. Las evocaciones de la noche, la aurora, el ayer, el ocaso, trascienden su bella significación plástica para sugerir un vertiginoso paso del tiempo como tema, contemplado desde la atalaya de la vejez.

José Olivio Jiménez piensa que la vejez está en el libro "asumida por una conmovedora diafanidad y cargada de esa máxima sabiduría que es sólo posible en tan alta y definitiva edad de la vida. Mas esa misma vejez —añade—, y de aquí dimana su patetismo, es sentida como inútil, opaca y estéril. El hombre viejo *sabe*, pero no puede sino recordar que es una forma enmascarada y penosa de la muerte. La vida verdadera sólo está en la juventud: los jóvenes *conocen*, quieren conocer; y este anhelo es lo único que da valor y razón a la existencia. Lograr ya ese conocimiento, poseerlo y convertirlo en sabiduría equivale a morir" (4).

La idea queda así muy bien concretada y los ejemplos que podríamos acompañar son numerosos. La problemática de la edad es la que sobresale en este libro de vejez como tema principal para, desde ahí, desarrollar otros temas trascendentes, en elaboraciones complejas que desembocarán en el libro siguiente. Leopoldo de Luis, que tan bien conoce la obra de Aleixandre, ha insistido en este mismo tema añadiendo la nota de sere-

(4) JOSE OLIVIO JIMENEZ: "Aleixandre y sus *Diálogos del conocimiento*", *Insula*, 331, 1974, p. 1-10.



nidad, de gravedad en nuestro poeta: "Es el jardín, es la juventud, es la vida, contemplados —acaso sean una misma cosa— tras el cristal del tiempo que sólo traspasa la luz o la idea. No es, sin embargo, un libro de nostalgias, sino un libro de conocimiento. Sólo a cierta altura de la vida es posible escribir una poesía, que siendo tan grave, sea tan serena". (5). Gimferrer, por su parte, ha destacado la vecindad de la muerte junto a la vejez como la perspectiva desde la que se considera la vida en *Poemas de la consumación*, y que de hecho esta consideración es el tema central del libro (6).

Pero a todas estas opiniones tan precisas, quizá fuera posible también añadir que, más que la vejez, lo que a Aleixandre en todos los poemas preocupa es la edad, las distintas edades del hombre que son reflejo evidente del fluir de la vida humana. Estas distintas etapas, que él ha conocido, son las que marcan muchos poemas del libro. Para ello, véase, por ejemplo, "El cometa", uno de esos poemas que José Luis Cano clasificaba como "alucinados e irracionales" con gran acierto (8) (p. 55):

*La cabellera larga es algo triste.
Acaso dura menos
que las estrellas, si pensadas. Y huye.
Huye como el cometa.
Como el cometa "Haléy" cuando fui niño.
Un niño mira y cree.
Ve los cabellos largos
y mira, y ve la cauda
de un cometa que un niño izó hasta el cielo.*

*Pero el hombre ha dudado.
Ya puede él ver el cielo
surcado de fulgores.
Nunca creará, y sonríe.*

(5) LEOPOLDO DE LUIS: "Aproximación a la poesía de Vicente Aleixandre: *Antología poética*, Alianza Editorial, Madrid, 1977, p. 28.

(6) PERE GIMFERRER: "La poesía última de Vicente Aleixandre", en *Vicente Aleixandre*, edic., cit., p. 265.

(7) JOSÉ LUIS CANO: "Poemas de la consumación de Vicente Aleixandre", *Insula*, 266, 1969, p. 8.



*Sólo más tarde vuelve
a creer y ve sombras.
Desde sus blancos pelos ve negros,
y cree. Todo lo ciego es ciego,
y él cree. Cree en el luto entero que él tentase.*

*Así niños y hombres
pasan. El hombre duda.
El viejo sabe. Sólo el niño conoce.
Todos miran correr la cola vívida.*

He aquí, simbolizada, la vida, en la rapidez del cometa, en la belleza y fugacidad de su cola. He aquí representada la vida en sus tres edades —niño, hombre, viejo— *conociendo, dudando, sabiendo*. Falta la juventud, a la que Aleixandre dedica una especial atención en el libro, por ser quizá la época más sentida, no más añorada, que aquí no hay nostalgias. La juventud está presente en muchos poemas en los que nos la representa también con la misma ignorante inquietud que les incita a mirar, a conocer. Por eso, y porque *Poemas de la consumación* contiene composiciones tremendamente patéticas y al mismo tiempo serenas como "Los viejos y los jóvenes", podemos permitirnos afirmar que este libro de Aleixandre contiene toda una preocupante ansiedad, en que temas como el paso del tiempo revelado en las distintas etapas de la vida del hombre, obtienen el más original tratamiento de la literatura contemporánea, sólo posible en la transfiguración literaria de un poeta grande y sensible que ha continuado su producción lírica hasta la vejez, y en esta edad ha demostrado la permanencia de su creatividad poética, de su mantenida juventud lírica. Pero veamos, antes de terminar, ese significativo poema (p. 16):

*Unos, jóvenes, pasan. Ahí pasan, sucesivos,
ajenos a la tarde gloriosa que los unge.
Como esos viejos
más lentos van uncidos
a ese rayo final del sol poniente.
Estos sí son conscientes de la tibieza de la
tarde fina.
Delgado el sol les toca y ellos toman
su templanza: es un bien — ¡quedan tan*



